

BS497

L3

V.4

1882

Es propiedad exclusiva del editor,

Juan Soler.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

VICH.

Imprenta y Librería de Juan Soler.



TESOROS

DE

CORNELIO Á LÁPIDE.

PALABRA DE DIOS.

Mi discurso y mi predicación, dice el gran apóstol á los Corintios, se fundan, no en palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu y del poder; á fin de que vuestra fe descanse, no en la sabiduría de los hombres, sino en la virtud de Dios..... Por lo que nosotros toca, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que conozcamos los dones de Dios que anunciamos, no con las doctas palabras de la sabiduría humana, sino según la doctrina del Espíritu Santo. Nosotros tenemos el espíritu de Cristo (1).

Si nosotros mismos, escribié aquel apóstol á los Gálatas, os evangelizáramos; ó si un ángel del Cielo os evangelizase de diferente manera que os hemos evangelizado, caiga el anatema sobre el culpable. Como lo hemos dicho, así lo digo yo sin ambages: Si alguno os anuncia otro evangelio que el que ha-

Veracidad y autoridad de la palabra de Dios.

(1) Sermo inquit et predicatio mea, non in persuasibilibus humanam sapientiam verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis; ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei. Nos autem nos spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus que a Deo donata sunt nobis; que et loquimur, non in doctis humane sapientie verbis, sed in doctrina spiritus. Nos autem sensum Christi habemus. I. II. 4. 5. 12. 13. 16.

008415

beis recibido, anatematizado sea; porque os declaro, hermanos, que el Evangelio que os he predicado no es segun el hombre. No es de un hombre de quien lo he recibido y aprendido, pues ha sido por medio de la revelacion de Jesucristo (1).

Habeis sido instruidos en Jesucristo segun la verdad de la doctrina, escribe á los Efesios: *In ipso edocti estis, sicut est veritas in Jesu.* (IV. 21).

Anunciad la palabra, dice á su discipulo Timoteo; insistid á tiempo y á contra tiempo, reprehend, supplicad, increpad en toda longanimitad y doctrina: *Predica verbum, instat oportune, importune; argue, obsecra, increpa, in omnipotentia et doctrina.* (II. IV. 2).

Cuentan las Actas de los Apóstoles que el Señor dijo en vision á S. Pablo: No temas: ántes bien habla y no calles; porque estoy contigo: *Dixit autem Dominus per visionem Paulo: Noli timere, sed loquere, et ne taceas: propter quod ego sum tecum.* (XVIII. 9-10).

¡Palabra de Dios! ¡Cuán grande y majestoso es este título! ¡Qué veracidad y qué autoridad indica! ¡Qué respeto impone! Es la voz de Dios: *Vox Domini.* (XVIII. 4).

La verdad del Señor permanece eternamente, dice el Real Profeta: *Veritas Domini manet in eternum.* (Psal CXVI. 2). La palabra de Dios es la verdad misma.

La palabra del Señor permanece eternamente, dice tambien Isaias. Vosotros que evangelizais á Sion, subid á la cumbre de las montañas; levantad la voz con fuerza y autoridad, vosotros que evangelizais á Jerusalem, levantad la voz y no temais. Decid á las ciudades de Judá: Ved á vuestro Dios (2). La boca de los apóstoles del Señor es como una aguda espada, dice en otra parte el mismo Profeta; son flechas elegidas reservadas en su aljaba: *Dominus posuit os meum quasi gladium arutum; posuit me sicut sagittam electam; in pharetra sua abscondit me.* (XLIX. 2).

El Señor extendió su mano, dice Jeremías, tocó mi boca, y dijo: Ya he puesto mi palabra en tu boca; ya en este día te he establecido sobre las naciones y los reinos, para arrancar y destruir, para perder y disipar, para edificar y plantar (3).

El sacerdote es otro Elías, un hombre de Dios, y la palabra del Señor es verdadera en sus labios: *Vir Dei es tu, et verbum Domini in ore tuo tertum est.* (III. Reg. XVII. 24).

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán, dijo Jesucristo: *Caelum et terra transibunt; verba autem mea non prateribunt.* (Matth. XXIV.

(1) Sed licet nos, aut angelus de Caelo, evangelizet vobis praterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit. Sicut prediximus, et nunc iterum dico: Si quis vobis evangelizaverit prater id quod accepistis anathema sit. Notum enim vobis facio, fratres, Evangelium quod evangelizata est a me, quia non est secundum hominem: neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesuchristi. I. 3. 9. 11. 12.

(2) Verbum Domini manet in eternum. Super montem excelsum ascende tu, qui evangelizas Sion: exalta in fortitudine vocem tuam, qui evangelizas Jerusalem: exalta, noli timere, hic civitas Iuda: Ecce Deus vester. XL. 8. 9.

(3) Ecce dedi verba mea in ore tuo: ecce constitui te hodie super gentes, et super regna, ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et aedifices, et plantes. I. 9. 10.

35). En verdad os lo digo. El cielo y la tierra no pasarán ántes que toda la ley esté cumplida, hasta la última letra y el último punto: *Amen quippe dico vobis: Donec transeat Caelum et terra, iota unum aut unus apex non prateribit a lege, donec omnia fiant.* (Matth. v. 18).

La palabra de Dios es tan excelente, que el profeta Isaias llega hasta celebrar los pies de los que la anuncian. ¡Qué hermosos son, exclama, qué hermosos son en las montañas los pies del que anuncia y predica la paz. anuncia el bien, predica la salvacion y dice á Sion: ¡Tu Dios va á reinar! *¡Quam pulchri super montes pedes annuntiantis et predicantis pacem, annuntiantis bonum, predicantis salutem, dicentis Sion: Regnabit Deus tuus!* (LIII. 7).

La palabra de Dios, dice S. Pablo, es viva y eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos; alcanza hasta la division del alma y del espíritu, de las articulaciones y de las médulas; y discierne los pensamientos y los movimientos del corazon. Ninguna criatura es invisible ante ella pues todo está desnudo y descubierto á los ojos de aquel de quien hablamos (1).

La palabra de Dios es viva, para que creais, dice Hugo de S. Victor; es eficaz, para que esperéis; es penetrante, para que temais. Es viva en sus preceptos y en sus prohibiciones, eficaz en sus promesas y en sus amenazas, penetrante en su juicio y en sus condenaciones. Por ser la palabra de Dios viva, debemos creer que lo que promete es la verdad; porque es eficaz, debemos creer que cumplirá sus promesas; porque es penetrante y no puede ser engañada, debemos arrepentirnos de haberle ofendido, y guardarnos en adelante de ofenderle de nuevo (2).

La palabra es el espejo del cristiano. Así como el espejo, dice Clemente de Alejandria, no es enemigo del hombre disforme por reproducirle tal como es, y así como el médico no es cruel para su enfermo por anunciarle que tiene calentura, pues el médico no causa la calentura, y sólo se limita á anunciarla cuando existe; de la misma manera la palabra de Dios, que reprende y condena á aquel cuya alma está enferma, no es enemiga suya, sino que le manifiesta los pecados que ha cometido para que se corrija (3).

San Juan dice del Verbo de Dios hecho hombre, que en él se halla la vida, y que la vida es la luz de los hombres; que es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *In ipso vita erat, et vita erat lux homi-*

(1) Vivus est sermo Dei et efficax, et penetrabilis omni gladio accipit et pertinens usque ad divisionem animae ac spiritus compagum quoque ac medullarum, et detector cogitationum et intentionum cordis. Et non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus: omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus ad quem nobis sermo. Hebr. IV. 12. 13.

(2) Vivus est sermo Dei, ut credas; efficax ut speres; penetrabilis, ut timeas. Vivus est in preceptis et prohibitionibus, efficax in promissis et comminationibus, penetrabilis in iudicis et damnationibus. Quia igitur vivus est sermo Dei, credendum est eum vera promittere, quia efficax, credendum est eum promissa perficere; quia penetrabilis est et falli non potest, eum offendisse lugendum est, et de cetero offendere cavendum est. In Joel., c. III.

(3) Sicut speculum non est malum deformi, quod ipsum ostendat qualis sit: et sicut medicus non est agroti malus, quod ei febrem annuntiet, non enim medicus est causa febris, sed ipse febrem arguit; ita nec is qui reprehendit, ei male vult qui laborat animo, sed ea quae adsumt, peccata ostendit, ad hoc ut avertat ab hujusmodi studiis. Petrag., lib. I, c. IX.

Excelencia de la palabra de Dios.

num. *Erat lux vera, qua illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (I. 4-9). Esto constituye tambien la excelencia de la palabra de Dios; como Jesucristo, ella tiene en sí la vida y es la verdadera luz que ilumina el mundo, y disipa las tinieblas, donde estaba sumergido.

Entre la palabra de Dios y la luz existen admirables relaciones. La palabra de Dios es purísima; ilumina y penetra las inteligencias; es muy activa é impasible; desciende hasta las almas más manchadas, sin mancharse; se extiende á todo, y abraza el Cielo, la tierra, todos los siglos y la eternidad. Lleva consigo la claridad, el calor, la fecundidad, la paz, la alegría y la dicha; resucita á los que habían muerto para la gracia; presenta todas las cosas bajo su verdadero aspecto, y da finalmente la vida y la fuerza á todos los corazones y á todos los espíritus.....

La palabra de Dios, dice David, es una palabra casta, una plata examinada en el crisol, probada con el fuego, y purificada hasta siete veces: *Eloquia Domini, eloquia casta; argentum igne examinatum, probatum, purgatum septuplum* (XI. 7); purificada hasta siete veces, es decir, penetrada de los siete dones del Espíritu Santo.....

Señor, dice el mismo profeta, me habeis mostrado con vuestra palabra el camino de la vida, y me colmaréis de alegría descubriéndome vuestro rostro: *Notas mihi fecisti vias vitæ; adimpleks me lætitia cum vultu tuo.* (XV. 41).

La palabra del Señor es recta y alegre los corazones; los preceptos del Señor son luminosos, iluminan: *Justitiæ Domini rectæ, lætificantes corda; præceptum Domini lucidum, illuminans oculos.* (Psal. XVIII. 9).

Los cielos, añade el Salmista, cuentan la gloria del Señor, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. El día habla al día, y la noche á la noche. No hay lengua ni idioma en el que no se oiga ésta voz. Su brillantez ha recorrido toda la tierra, y las palabras que ha pronunciado, han resonado hasta los extremos del mundo. Dios ha colocado el pabellon del sol en medio de los cielos, y, semejante á un recién casado que sale del lecho nupcial, este astro se lanza como un gigante para recorrer su carrera. Parte de los extremos de la aurora, baja en los límites del poniente, y nadie puede librarse del calor de sus rayos. Tal es la ley del Señor, bella, pura y á propósito para convertir las almas; la palabra de Dios es fiel, y da sabiduría á los pequeños: *Lex Domini immaculata, convertens animas; testimonium Domini fidele, sapientiam præstans parvulis* (XVIII. 4-8).

La palabra de Dios, dice S. Agustín, no es ménos excelente que el cuerpo de Jesucristo; por esto debemos tener tanta solicitud en no dejar salir de nuestro corazón, entregándonos á otros pensamientos, la palabra de Dios que recibe, como en no dejar caer en el suelo la menor partícula del cuerpo de Jesucristo, cuando nos lo distribuyen (1).

Poder y eficacia de la palabra de Dios.

Dios habló, y el universo salió de la nada..... Habló, y aparecieron el sol, la luna y las estrellas..... Habló, y al formarse, el inmenso océano, respetó sus

(1) Non est minus verbum Dei quam Corpus Christi; et ideo, quanta sollicitudine observamus quando nobis Christi corpus ministratur, ut nihil ex ipso in terram cadat tanta sollicitudine observandum est ne verbum Dei quod nobis cregatur, dum aliquid cogitamus, de corde nostro pereat. *Lib. Civit.*

límites..... Dios habló, y la tierra fecundizada produjo toda clase de frutos..... Habló, y creó al hombre rey del universo á imagen suya..... Dios habló, y las aguas del diluvio cubrieron la tierra..... Habló y el mar Rojo y el Jordan abrieron paso á los Israelitas.... Habló, y el Cielo dió maná durante cuarenta años; las áridas rocas arrojaron manantiales de agua viva; y los muros de Jericó se hundieron. Habló, y el Verbo eterno se hizo carne, y nos salvó á todos..... Dios habló, y doce hombres sin instrucción, sin fortuna, sin apoyo ni defensa, armados tan sólo con la palabra, destruyen todos los obstáculos, derriban los ídolos y los templos paganos, disipan las tinieblas que desde cuarenta siglos cubrían la faz de la tierra, y esparcen por todas partes la luz del día de la eternidad haciendo que el universo pagano se convierta y se prosterne al pie de la cruz de Jesucristo..... Dios habla, y las nubes, la lluvia, el granizo, las tempestades y el rayo, están prontos á ejecutar sus órdenes..... Habla, y parece el día sereno. Al fin del mundo pronunciará las siguientes palabras: Levantaos, muertos, y venid á juicio. Y de repente todos los muertos resucitarán y se hallarán reunidos al pie del trono del Juez Supremo. Marchamos en la carne, dice el Apóstol de las Gentes, pero no combatimos segun la carne. Las armas de nuestra milicia no son carnales, pues consisten en el poder de Dios para la destrucción de las fortalezas. Vamos destruyendo los razonamientos y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios; reduciendo á cautiverio toda inteligencia bajo la obediencia de Cristo, prontos á castigar toda desobediencia (1).

La fuerza y la eficacia de la palabra de Dios no sólo brillan en esta palabra tomada en sí misma, sino tambien en la predicación de que es objeto. Brillan: 1.º en que un pequeño número de Apóstoles, pobres pescadores, sin estudios, oscuros, judíos y rechazados por todo el mundo, sometieron á la cruz el mundo entero; 2.º en que vencieron y convirtieron á sus más mortales enemigos, dominando á los demonios, al pecado, la muerte y el infierno, á los príncipes, á los reyes, á los filósofos, á los oradores, á los griegos, á los romanos y á los bárbaros, las leyes, las costumbres, los juicios, las religiones más antiguas y más acomodadas á las pasiones, las preocupaciones, los vicios, las tinieblas, la ignorancia y todos los errores de tantos siglos..... 3.º En que han persuadido, contenido y hecho creer, no con la fuerza de las armas, de la sabiduría, de la elocuencia, ni del oro, sino con la simple predicación de la cruz..... 4.º En que tan pronto y en tan poco tiempo derramaron y establecieron la fe de Jesucristo en todo el universo..... 5.º En que, con la palabra de Dios, acompañada de la gracia de Jesucristo, triunfaron de las amenazas, de los tormentos y de mil géneros de muerte..... 6.º En que han hecho recibir y practicar la doctrina, no de un Dios lleno de gloria, sino de un Crucificado, haciendo que, con la simple palabra de Dios, el mundo crea que aquel Crucificado es el Salvador del mundo, obligando á los hombres á adorarle y haciendo admitir y practicar la ley de Jesucristo, opuesta á la naturaleza y á la carne..... 7.º En que los lobos se volvieron corderos, los perseguidores modelos de dulzura y ardientes defensores de la religion. (*De S. Paulo*)

(1) In carne enim ambulantes, non secundum carnem militamus. Nam arma militiæ nostræ non carnalia sunt, sed potentia Dei ad destructionem munitionum, consilia destruentes, et omnem altitudinem extolentem se adversus scientiam Dei, et in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi, et in prompta habentes ulscis omnem inobedientiam. *II. Cor. X. 5-6.*

Muy bien da á conocer el poder y la eficacia de la palabra de Dios el célebre y grave Tertuliano: Salomon—dice—reino, pero sólo en la Judea, desde Dan hasta Bersabé, Darío reinó en Babilonia y en el país de los Pastas, pero no en otra parte. Faraon reinó tan sólo en Egipto. Nabucodonosor vió que la Judea y la Etiopia formaban los límites de su imperio. El gran Alejandro no llegó nunca á poseer toda el Asia, y muchas veces las comarcas que subyugaba se emancipaban por medio de la rebelion. Lo mismo sucedió á los Germanos, los Bretones y á los Mauritianos. Hasta el imperio de los Romanos tuvo tambien límites. Pero con el poder de la palabra de Dios, el nombre y el reino de Jesucristo se extienden por todas las regiones de la tierra, en él creen todos los pueblos, y todas las naciones le sirven; reina por todas partes, y por todas partes es adorado; acoge á todos los hombres, y es rey, juez, dueño y Dios del universo. (*Apolog.*)

Reprended á los pecadores delante de todos los fieles, para que todos teman, dice el Apóstol á su discípulo Timoteo: *Nectantes coram omnibus argue, ut et caeteri timore habeant.* (I. v. 20).

Voz del Señor en el poder; dice el Real Profeta; voz del Señor en la magnificencia: *Vox Domini in virtute: Vox Domini in magnificentia.* (XXVIII. 4). Voz del Señor que rompe los cedros; *vox Domini confringentes cedros.* (Ibid. XXVIII. 5). El Señor romperá los cedros del Líbano; los hará saltar como el ariete, los hará temblar como el cervato tiembla ante el gamo. Voz del Señor que entreaire los mares, y hace que broten llamas. Voz del Señor que conmueve la soledad y arroja el espanto en los desiertos de Cadés. (Ibid. XXVIII. 6-7).

El Señor dará una voz llena de poder á los que evangelicen, dice el Salmista: *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.* (LXVII. 42). Ved que dará á su voz la elocuencia de la fuerza: *Eccce dabit voci suae vocem virtutis.* (Psal. LXVI. 34).

En aquel tiempo, dice Isaias, se oirá la trompeta de la palabra de Dios y sus ruidosos sonidos; y los que se habian perdido en la tierra, vendrán y adorarán al Señor en la montaña santa: *In die illa clangetur in tuba magna, et venient qui perdidit fuerant de terra, et adorabunt Dominum in monte sancto.* (XXVII. 13).

¿No son mis palabras como el fuego y como el martillo que rompe la piedra? dice el Señor por boca de Jeremías: *Numquid non verba mea sunt quasi ignis, et quasi malleus conterens petram?* (XXIII. 29).

Felices efectos que produce la palabra de Dios, é inestimables ventajas que de ella derivan.

Toda escritura inspirada por Dios, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, es útil para enseñar, para reprender, para enmendar y para instruir en la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y apto para toda obra buena (1).

La palabra de Dios, dice S. Ambrosio, es un fuego que abraza para purificar la conciencia del pecador, pero no para perderle: *Urit sermo divinus, ut*

(1) Omnis scriptura divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad corripiendum, ad erudiendum in iustitia; ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus. II. III. 16-17.

corrigeat conscientiam peccatoris; non exurit ut perdat. (In Psal. CXVIII. serm. XVIII).

En guardar la palabra de Jesucristo consiste el perfecto amor de Dios, dice S. Juan; y en esto conocemos que estamos en él: *Qui autem servat verbum ejus, vere in hoc charitas Dei perfecta est; et in hoc scimus quoniam in ipso sumus.* (I. II. 5).

Señor, dice el Salmista, anunciaré vuestra palabra á los malos, y los impíos se convertirán: *Docedo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur.* (L. 45).

Escucharé lo que el Señor diga ante mí, porque me hará oír palabras de paz sobre su pueblo y sus Santos, y sobre los que se han convertido de corazón: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus; quoniam loquatur pacem in plebem suam, et super Sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad cor.* (Psal. LXXXIV. 9).

La palabra de Dios inflama, dice el Real Profeta: *Eloquium Domini inflammavit eum.* (CIV. 19).

El alma virtuosa, dice S. Bernardo, busca aquella palabra que corrige, instruye é ilumina, fortifica la virtud, reforma las costumbres y dispone á la sabiduría, adorna el corazón, une el alma á Dios, la fecundiza en obras buenas y colma de dicha. (*Serm. LXXIV.*)

Eran atacados en odio á vuestra palabra, Señor, dice la Sabiduría, y de repente se salvaban: *In memoria sermonum tuorum examinantur, et velociter salvabantur.* (XVI. 11). Porque vuestra palabra conserva á los que en Vos creen: *Sermo tuus hos, qui in te crediderint, conservat.* (Ibid. XVI. 26).

Has oído la voz de Dios, y has vivido, dijo Moisés al pueblo de Israel: *Audisti, et vixisti.* (Deuter. IV. 33). Hemos oído la voz del Señor nuestro Dios, dice el pueblo, y hemos experimentado que al hablar Dios al hombre, éste no pierde la vida: *Vocem ejus audivimus, et probavimus quod, loquente Deo cum homine, vixerit homo.* (Deuter. v. 24).

El Señor, dijo Moisés al pueblo, os ha dado por alimento el maná que os era desconocido, y tambien lo era á vuestros padres, para demostraros que el hombre no sólo vive de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor: *Dedit tibi cibum manna, quod ignorabas tu et patres tui; ut ostenderet tibi quod non in solo pane vivat homo, sed in omni verbo quod egreditur de ore Dei.* (Deuter. VIII. 3). ¿Qué respondió Jesucristo al tentador, que le decía: Si eres hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. Está escrito, contestó el Salvador, que el hombre no sólo vive de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. (*Math. IV. 3-4.*)

La palabra de Dios mata á todos los enemigos del alma... El que escucha mi palabra, descansará sin temor, dice el Señor en los Proverbios, y libre de la aprehension de los males, disfrutará á la abundancia: *Qui me audierit, abque terrore requiescet, et abundantia perfruetur, timore malorum sublato.* (I. 33).

Si recibis mis palabras, hijo mio, si guardais mis preceptos en vuestro corazón, comprendereis entonces el temor del Señor, y hallareis la ciencia de Dios: *Fili mi, si susceperis sermones meos, et mandata mea absconderis penes te, tunc intelliges timorem Domini, et scientiam Dei invenies.* (Prov. II. 1-5).

Recibid, hijo mio, mis enseñanzas; inclinad vuestro oído á mi voz; mis

palabras son la vida para todos los que las hallan, y son la curación de toda carne: *Fili mi, ascolta sermones meos, et ad eloquia inclina aurem tuam; vita enim sunt invenientibus ea, et universe carni sanitas.* (Prov. IV. 20. 22).

Si vuestro corazón está empedernido, dice S. Bernardo, acordaos de la Escritura, que dice: Dios hará oír su voz, y ablandará el corazón. (*Psal. CXLVII*). Y todavía: Al punto que mi predilecto me habló mi alma quedó enternecida. (*Cant. V*). Si sois tibio, y teméis ser rechazado, no ceséis en la meditación de la palabra del Señor; y ella os abrasará, porque es todo fuego (1).

Las palabras cuerdas, y con mayor razón la palabra de Dios, son comparables á un panal de miel, dicen los Proverbios; son la alegría del alma, y la salud del cuerpo. (*XVI. 24*). La miel alimenta, endulza y cura; y tales son también los efectos que opera la palabra de Dios... La miel cura, y la palabra de Dios, llena de suavidad, corrige las malas costumbres, endulza los pesares, y los hace desaparecer; endulza los enojos, las amarguras, la ira y la envidia que atormentan el alma, la roen y la consumen. La miel alimenta; la palabra de Dios es un pan vivificante, al cual se puede aplicar lo que Jesucristo dice de la divina Eucaristía: El que come este pan, vivirá eternamente: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.* (Joann. VI. 52). La miel fortifica, y la palabra de Dios aumenta las fuerzas del alma, la ayuda á obrar y á sostener grandes y penosos trabajos...

Toda palabra de Dios es una llama y un escudo, dicen los Proverbios: *Omnis sermo Dei ignitus, clypeus est.* (XXX. 5).

La palabra de Dios, dice S. Ambrosio, es un fuego bienhechor que calienta, y sólo sabe quemar los vicios. Este fuego purifica el alma y consume el error (2).

San Jerónimo dice que la palabra de Dios es llamada fuego, porque hace que el alma que la recibe sea semejante al oro purificado en el horno. (*In Psal. XVIII*).

La palabra de Dios es un fuego, porque consume y destruye el moño y las inmundicias del pecado, de las pasiones y de los vicios...

También llaman á la palabra de Dios flecha, porque da una muerte segura al espíritu orgulloso y al corazón corrompido.

A propósito de las palabras del Salmista: *Sagitta tua infixæ sunt mihi* (XXXVII. 3). Las flechas del que es poderoso son agudas y devoran como carbones ardientes; S. Agustín dice de un modo admirable: Las flechas agudas del que es poderoso, son las palabras de Dios. Hé aquí que aquellas flechas son lanzadas y atraviesan los corazones; pero, cuando los corazones son heridos por las flechas de la palabra del Señor, el amor nace en ellos, y la muerte se aleja. El Señor sabe lanzar flechas para hacerse amar, y nadie alcanza mejor que él este objeto (3).

(1) Si cor tuum induratum est, incemento Scripturæ dicitur: Emitte verbum suum, et liquefaciet ea... Anima mea liquefacta est ut diletus meus locutus est. Si tepidus es, et evoni jam formidus, non discedas ab eloquio Domini; et inflammabit te, quia eloquium eius ignitum valde. *Serm. LXXIV*.

(2) Bonus ignis, qui calefacere novit, nocet exurere nisi sola peccata. Mandat ergo hic ignis animam, consumit errorem. *In Psal. CXVIII. serm. XVIII*.

(3) Sagitta potentis acute verba Dei sunt. Ecce jacuntur et transigunt corda; sed, cum transiit fuerit corda sagittis verbi Domini, amor excitatur, non interitus comparatur. Ille Dominus sagittarum ad amorem, et nemo pulchrius sagittat ad amorem. *In Psal. VII*.

Así declaró el ciego Didymo que la palabra de Dios es comparada al fuego, porque abrasa de tal manera el alma, que consume como paja los pensamientos y el amor de las cosas de la tierra: *Eloquia Dei dicuntur ignita, quia ita mentem succendunt, ut terrenarum rerum et cogitationum paleas absumant.* (*In Psal. XVII*).

La palabra de Dios es de fuego, dice el autor de la *Cadena de los griegos*; es de fuego, porque devora todas las espinas y las malezas que nacen en el alma; desprende lo que halla en ella puro, y proporciona la salvación... La asimilación de la palabra de Dios por el fuego indica la eficacia y la fuerza de penetración de la palabra de Dios que va hasta el fondo mismo del alma, la purifica, la ilumina, la abrasa y la diviniza. Haciendo derretir el oro y la plata, el fuego desprende toda la escoria y les da brillantez; abrasando el alma, la palabra de Dios la desembaraça de los malos electos, y pone en su lugar sentimientos muy preciosos á los ojos de Dios y de los cristianos, sentimientos celestiales que transforman el hombre terreno y carnal en hombre santo. Hé aquí lo que expresan las palabras del profeta Malaquías, que dice al hablar de Jesucristo: Es un fuego que devora; estará sentado, derriendiendo y depurando la plata, y purificará á los hijos de Leví, como el oro y la plata pasados por el fuego; y ellos ofrecerán al Señor sacrificios de justicia (2).

La palabra de Dios, dice Solonio, es llamada por la Escritura fuego y escudo, porque abrasa con el fuego de la caridad los corazones elegidos que cifran su esperanza en Dios, y los ilumina con la ciencia de la verdad; porque consume el moño de los vicios que encuentra en ellos, y los purifica; y finalmente porque los protege contra todas las emboscadas de sus enemigos, y contra todas las adversidades (3).

La palabra de Dios le alimentará con el pan de vida y de inteligencia, dice el Eclesiástico; le dará á beber el agua de la sabiduría y de la salvación; se arraigará en él, y no será ya removido. Le sostendrá, y no será confundido; le pondrá en honor entre sus parientes, y abrirá los labios en medio de la asamblea; le llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia, y le cubrirá con un vestido de gloria. Le acudará tesoros de regocijo y de alegría, y le hará dueño de un nombre eterno. Los hombres insensatos no comprenderán esta palabra vivificante; pero los hombres prudentes irán á su encuentro... Los mentirosos no se acordarán de ella; pero los hombres sinceros la tomarán por defensa, y andarán felizmente hasta la presencia de Dios. (*XV. 3-8*).

Condénsese como la lluvia mi doctrina; derrámesme mi habla como rocío, como lluvia sobre yerba, y como hlovinna sobre grama: *Concresecat ut pluvia doctrina mea, sicut ut ros eloquium meum, quasi imber super herbam, et quasi stilla super gramina.* (*Deuter. XXXII. 2*).

(1) Ipse enim quasi ignis confans; et emundans argentum; et purgabit filios Levi, et colabit eos quasi aurum et quasi argentum; et erunt Domino offerentes sacrificia in iustitia. *III. 2-3*.

(2) Sermo divine auctoritatis, idcirco igneus et clypeus dicitur, quia corda electorum, qui spem suam in Deo ponunt, et igne charitatis accendit, et scientia veritatis illuminat, et serpes vitiorum quas in eis reperit, consumit et purgat; ac ab insidiis hostium cunctisque defendit adversitatibus. *In Epist. ad Ephes.*

La asimilación de la palabra de Dios á la lluvia y al rocío indica: 1.º la abundancia de sabiduría que se halla en la palabra de Dios...; 2.º su suavidad...; 3.º su fecundidad...; 4.º su origen...; viene del Cielo, y no de la tierra: por esto llama S. Gregorio á los doctores y predicadores *hyades*, es decir, estrellas de la lluvia. (*In Psal.*) El Señor, dice el Eclesiástico, dirigirá los consejos y las instrucciones del sabio y meditará los secretos de Dios: *Et ipse dirigit consilium ejus, et disciplinam, et in absconditis suis consiliabitur.* (XXXIX. 10).

Derramando la divina palabra como una lluvia bienhechora, el cristiano produce tres frutos insignes: 1.º alaba á Dios con sabiduría; 2.º se conduce con prudencia, por el consejo y la dirección de Dios; y 3.º instruye y salva á su prójimo.

El Señor dirigirá los consejos y las enseñanzas del apóstol, y éste conducirá á sus oyentes de la expresión de su pensamiento á obras rectas, íntegras, sólidas y perseverantes; de tal manera, que sus discípulos no se conmovieron por la violencia de sus enemigos, por las tentaciones, ni por las pruebas... Manifestará la regla de conducta que brota de su doctrina, dice el Eclesiástico, y se gloriará en la ley de la alianza del Señor: *Ipse palam faciet disciplinam doctrinæ suæ, et in lege testamenti Domini gloriabitur.* (XXXIX. 41). La multitud alabaré su sabiduría, que jamás caerá en olvido: su recuerdo no se borrará de la memoria de los hombres, y su nombre será trasmitido de generación en generación. Las naciones contarán su sabiduría y la asamblea de los ancianos celebrará sus alabanzas: Mientras viva, su nombre será más conocido que el de mil otros, y cuando descansen, será dichoso. (*Ecclesi.* XXXIX. 12-15).

La palabra de Dios, dice Isaías, es una aguda espada y una flecha escogida: *Posuit os meum quasi gladium acutum, et posuit me sicut sagittam electam.* (XLIX. 2).

La palabra de Dios hiere y mata los pecados y los vicios, para que la carne, es decir, la vida animal perezca, y el espíritu viva. La predicación del Evangelio hiere los crímenes, las pasiones, las codicias y el infierno. Jesucristo lo expresaba diciendo: No penséis que haya venido á traer la paz á la tierra; no he venido á traer la paz, sino la espada: *Nolite arbitrari quia pacem veni mittere in terram; non veni pacem mittere, sed gladium* (Matth. X. 34.); es decir, mi palabra hará guerra al demonio, al mundo perverso y á las pasiones brutales... De su boca, dice el Apocalipsis, sale una espada de dos filos: *De ore ejus gladius utraque parte acutus exibat.* (I. 16). La palabra de Dios es, en efecto, un arma que sirve para dos objetos: destruye los vicios, y protege las virtudes...

En este orden de verdades entra el gran apóstol cuando dice: Armaos con la armadura de Dios, para que podáis resistir el día de prueba y permanezcáis firmes. Sed firmes, ciñendo vuestros riñones con la verdad, poniéndolos la coraza de la justicia, y teniendo vuestros pies dispuestos á llevar por todas partes el Evangelio de la paz. Para todas las cosas tomad el escudo de la fe, á fin de que podáis embolar todos los inflamados dardos del mal; tomad también el casco de la salvación, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. (*Ephes.* VI. 13-17).

Jesucristo es la espada del Padre, una flecha brillante y escogida de que se han servido los apóstoles y los demás Santos, flecha de amor oculta en la aljaba de su humanidad. El Verbo envía esta flecha donde quiere; la hunde con su palabra, con la adversidad y las aflicciones; con ella hiere, penetra, abre las almas de los fieles, y destruye sus vicios y sus imperfecciones. Así hablan S. Jerónimo, S. Crisóstomo y S. Cirilo. Herido por esta flecha, Jeremías decía: He hallado el reposo tomándolos por pastor: *Non sum turbatus, te pastorem sequens.* (XVII. 16.); y David: Mi alma se ha adherido á vos: *Adhesit anima mea post te.* (LXII. 9.); y S. Pedro: Señor, ya sabéis que os amo: *Domine, tu scis quia amo te.* (Joann. XX. 15.); y S. Pablo: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? *¿Quis nos separabit á charitate Christi?* (Rom. VIII. 35.); y la Esposa de los Cantares: Languidezco de amor: *Amore languo.* (II. 5). El amor de Dios y de Jesucristo, tal es la flecha que vivifica dando la muerte; vivifica la virtud, y da muerte al pecado, dice S. Ambrosio. (*In Psal.* CXVIII).

¿Qué felices son los heridos y abatidos por esta flecha! exclama Orígenes. (*In Psal.* XXXVIII). Penetró en el corazón de Magdalena, de Pedro, de Saulo, de Agustín y de todos los pecadores convertidos. ¿Quién la envía? La palabra de Dios.

Y es la voz de uno de los cuatro animales, y era semejante al ruido del trueno, y dijo: Venid y ved. Y vi, dice S. Juan en el Apocalipsis; y hé aquí que apareció un caballo blanco, y el que estaba encima tenía un arco, y le dieron una corona, y paró vencedor para vencer de nuevo: *Et audivi unum de quatuor animalibus dicens, tanquam vocem tonitru: Veni, et vide, Et vidi; et ecce equus albus, et qui sedebat super illum, habebat arcum, et data ei corona, et exivit vicens ut vinceret.* (VI. 1-2). Este caballo blanco es la figura de los apóstoles, de los doctores y pastores de todos los siglos. El que está encima, es Jesucristo; el arco y las flechas son la predicación del Evangelio; y la corona significa la victoria que alcanza la palabra de Dios, la conversión de los pecadores, y el triunfo, que es su consecuencia.

El Señor, dice Isaías, me ha dado una lengua elocuente para sostener con mi palabra al que está afligido y abatido: *Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lassus est verbo.* (I. 4).

Prestad oído y venid á mí, dice el Señor por boca de Isaías: oíd, y vuestra alma vivirá; y estableceré con vosotros la eterna alianza de misericordia prometida á mi siervo David: *Inclinate aurem vestram, et venite ad me; audite, et vivet anima vestra; et feriam vobiscum pactum sempiternum, misericordias David fideles.* (LV. 3).

Así como la nieve y la lluvia bajan del cielo, y no vuelven allí, sino que penetran la tierra, la fecundizan y hacen germinar la simiente, esperanza del labrador, dice el Señor por boca del mismo profeta: Mi palabra no volverá á mí sin haber producido fruto, cumplirá lo que he querido, y prosperará en aquellos á quienes la he enviado. Saldréis en la alegría, y andaréis en la paz; y el Señor será conocido bajo un nombre eterno que nada podrá borrar. (LV. 10-13).

Oíd mi palabra, dice el Señor por boca de Jeremías, y seré vuestro Dios, y seréis mi pueblo; y andad por la senda que os he prescrito, para que todo

os salga bien: *Audite vocem meam, et ero vobis Deus, et vos eritis mihi populus; et ambulat in via quam mandavi vobis, ut bene sit vobis.* (VII. 23).

He encontrado vuestras instrucciones, Señor, dice Jeremías, y me he alimentado de ellas; y vuestra palabra ha venido á ser la alegría y las delicias de mi corazón: *Inveni sunt sermones tui, et comedi eos; et factum est mihi verbum tuum in gaudium et in letitiam cordis mei.* (XV. 16).

La palabra de Dios, dice S. Bernardo, es viva y eficaz, así que entra en el alma, la saca de su marasmo, mueve, ablanda y hiere el corazón, ese corazón endurecido, ese corazón de piedra y siempre enfermo. Empieza también á arrancar y á destruir, á edificar y á plantar, á regar lo que era árido, á iluminar lo que estaba en las tinieblas, á abrir lo cerrado, á abrasar lo helado, á enderezar lo torcido, y á allanar los caminos tortuosos; de tal manera que entonces el alma bendice al Señor, y todas sus facultades alaban su santo nombre (1).

Hé aquí en la montaña los piés del que evangeliza, del que anuncia la paz, dice el profeta Nahum. Celebra, Judá, las solemnidades, cumple tus votos, porque Belial no pasará ya en medio de ti; ha perecido enteramente (2).

Si escuchan y observan la palabra del Señor, dice Job, pasarán sus días en la felicidad, y sus años en la gloria: *Si audierint et observaverint, complebunt dies suos in bono, et annos suos in gloria.* (XXXVI. 44).

Bienaventurados, dice Jesucristo, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la practican: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* (Luc. XI. 28).

El título de Madre, dice S. Bernardo, de nada hubiera servido á María si no hubiese tenido la dicha de llevar á Jesucristo en su corazón antes que en su seno. María es pues más bienaventurada por haber recibido la fe de Cristo que por haberle dado un cuerpo (3).

Oíd á Jesucristo: En verdad os lo digo: Si alguno guarda mi palabra, jamás verá la muerte: *Amen, amen dico vobis: Si quis sermonem meum servaverit, nos gustabit mortem in eternum.* (Joann. VIII. 51). Si alguno me ama, añade, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y en él permaneceremos: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit; et Pater meus diligit eum; et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* (Joann. XIV. 23); ¡O preciosa promesa! La augusta Trinidad viene á nosotros cuando nosotros vamos hácia ella, dice S. Agustín; viene á nosotros para ayudarnos, iluminarnos y llenarnos de gracia; vamos á ella obedeciendo, considerando y comprendiendo: *Veniunt ad nos, dum venimus ad*

(1) *Vivum et efficace est Dei verbum: moxque ut intus venit, expurgat dormientem animam; movet, et molliuit, et vulnerat cor, quoniam durum lapideumque erat, et male sanum. Cœpit quoque evellere, et destruere, et edificare, et plantare, rigare arida, tenebrosa illuminare, clausa reserare, frigida inflammare, necnon et mittere prava in directa, et aspera in vias planas: ita ut benedicat anima Domino, et omnia que intra sunt, nomini sancto ejus.* *Serm. LXXIV.*

(2) *Ecco super montes pedes evangelizantis et annuntiantis pacem; celebra, Judá, festivitatem tuam, et reddet vota tua; quis non adificet ultra, ut pertreaset in te Belial; universus interit.* *L. 15.*

(3) *Materna propinquitás nihil Mariæ profuisset, nisi felicis Christum corde quam carne gestasset. Beator ergo Mariæ percipiendi ídem Christum, quam concipiendi carnem Christi.* *Serm. LXXIV.*

eos; veniunt subveniendo, illuminando, implendo; venimus obediendo, intuentido, capiendo. (Tract. LXXVI. in Joan.)

La fe viene por el oído, y el oído por la palabra de Cristo, dice S. Pablo á los Romanos: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Dei.* (X. 17).

Los escritores inspirados han consignado en los sagrados libros la doctrina de la sabiduría y de la ciencia. ¡Dichoso el que se ocupa incesantemente en tan útiles enseñanzas! dice el Eclesiástico. El que las conserve en su corazón, será siempre sabio, y si las pone en práctica, estará dispuesto para todo, porque la luz de Dios guiará sus pasos (1).

¡Qué inapreciables ventajas proporciona la palabra de Dios! ¡Qué dichosos efectos, qué abundantes frutos produce, si nos hallamos dispuestos á recibirla y á aprovecharnos de ella!...

La palabra de Dios es una semilla, dice Job: *Semen est verbum Dei* (Luc. VIII. 14).

Entre la semilla y la palabra de Dios se hallan las relaciones siguientes:

- 1.º Así como la simiente es arrojada en la tierra, la palabra de Dios se arroja en las almas, que son los campos del Señor... 2.º La simiente confiada á la tierra germina: la palabra de Dios debe germinar en nuestros corazones...
- 3.º Las simientes contienen en germen todos los vegetales: la palabra de Dios es el principio de todas las virtudes y de todas las gracias... 4.º Sin las semillas que se confían á la tierra, no produciría ésta más que espinas y malas yerbas: sin la palabra de Dios, nuestros corazones no conocerían más que pecados sin ninguna virtud... 5.º Para fructificar la semilla exige una tierra buena: para dar nacimiento á las virtudes, la palabra de Dios quiere almas dóciles y bien dispuestas... 6.º Antes de producir, la tierra debe cultivarse: para que la palabra de Dios sea fecunda, debemos cultivar nuestros corazones con el arado de la penitencia... 7.º La simiente necesita lluvia y sol: el alma necesita que la palabra de Dios derrame sobre ella la lluvia de la gracia, la luz de las buenas inspiraciones, y los rayos de la claridad... 8.º Para multiplicarse, la semilla debe despojarse de su envoltura y morir; para que la simiente de la palabra de Dios multiplique en nosotros sus afectos, es menester que nuestra alma se despoje de las afecciones de la tierra y que muera para sí misma... 9.º La semilla debe germinar, desarrollarse, florecer y madurar: la palabra de Dios debe seguir la misma marcha en nuestros corazones... 10. Todo el poder de la planta y de sus flores, del árbol y de sus frutos está en la semilla; todas las virtudes están en la palabra de Dios... 11. Cada semilla produce un vegetal; cada una de las sentencias del Evangelio produce su fruto, la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la obediencia, la sumisión, la pureza, etc... 12. Es necesaria la union de la simiente y de la tierra para que aquella se desarrolle y fructifique: es necesario que el alma se una á la palabra de Dios para que esta palabra produzca un céntuplo... 13. La tierra produce en razón de su bondad y de su cultivo: la palabra de Dios obra en un corazón segun sus disposiciones...

(1) *Doctrinam sapientiæ et disciplinæ scripsit. Beatus qui in istis versatur bonis: qui ponit illa in corde suo, sapiens erit semper. Si enim hæc fecerit, ad omnia valebit, quia lux Dei vestigium ejus est.* *L. 29-31.*

La palabra de Dios es comparada á una semilla.

Necesidad que tienen los pastores de anunciar la verdadera palabra de Dios.

Si evangelizo, dice el Apóstol, la gloria de ello no me pertenece; es para mí una necesidad: ¡desdichado de mí si no evangelizara! *Si evangelizavero, non est mihi gloria: necessitas enim mihi incumbit: vobis enim mihi est, si non evangelizavero.* (I. Cor. IX. 16).

Hemos de cuidar de no corromper la palabra de Dios. No somos como muchos, dice el mismo apóstol, que adulteran la palabra de Dios; sino que hablemos en Cristo, con sinceridad, como de Dios, y ante Dios: *Non sumus, sicut plurimi, adulterantes verbum Dei; sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur.* (II. Cor. II. 17).

Así como las aguas de una fuente corren siempre, aunque nadie se aproveche de ellas, dice S. Crisóstomo, el predicador debe siempre cumplir su deber, y anunciar la palabra de Dios, aun cuando pocas personas le escuchen y se conviertan. (*Homil. 1 de Lizaro*).

Tomad por modelo, dice S. Pablo á Timoteo, las palabras sanas que de mí habeis oído en la fe y el amor que están en Jesucristo: *Formam habet sanorum verborum que ame audisti in fide et in dilectione in Christo Jesu.* (II. I. 13) Conservad por medio del Espíritu Santo, que habita en nosotros, el buen depósito que os he confiado: *Bonum depositum custodi, per Spiritum Sanctum, qui habitat in vobis.* (Ibid. II. I. 14). Sufrid el trabajo, como buen soldado de Cristo: *Labora sicut bonus miles Christi.* (Ibid. II. II. 3). Tened mucho cuidado de ser á los ojos de Dios fiel dispensador de la palabra de verdad. Evitad los discursos vanos ó profanos: *Sollicite cura te ipsum exhibere Deo recte tractantem verbum veritatis. Profana et vaniloquia devita.* (Ibid. II. II. 15-16). Anunciad la palabra; insistid oportuna é inoportuna; reprended, suplicad é increpad en toda loganimitad; y doctrina: *Prædica verbum; insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa, in omnipotentia et doctrina.* (Ibid. II. IV. 2).

Vosotros, escribe aquel apóstol á su discípulo Tito, derramad la sana doctrina: *Tu autem loquere sanam doctrinam* (II. 1).

Si alguno habla, dice el apóstol S. Pedro, sea su palabra como de Dios; *Si quis loquitur, quasi sermones Dei.* (I. IV. 14).

Estad alerta, dice el Señor en el Apocalipsis al Obispo de Sardis, y acordaos de lo que habeis recibido é oído; y guardadlo: *Esto vigilans; in mente habe qualiter acceperis, et audieris, ei serva.* (III. 2-3).

No le es lícito al que ha sido puesto como dispensador de la palabra de Dios, descuidar el sagrado cargo de la predicación; á él se le ha mandado alimentar el rebaño de Jesucristo. Apacentad mis ovejas, dijo Jesucristo á Pedro, *Pasce oves meas* (Joann. XXI. 17). Apacentad el rebaño que os he confiado, dice el apóstol S. Pedro, velando y constituyéndoos en modelo del rebaño: *Pascite qui in vobis est gregem Dei, providentes; forma facti greges ex animo.* (I. V. 2-3).

Los labios de los sabios verterán ciencia, dicen los Proverbios: *Labia sapientium disseminabunt scientiam.* (XV. 7).

Los predicadores deben imitar al labrador que siembra el grano: 1.º El labrador limpia su simiente, y la separa de la zizaña: el predicador debe separar la palabra de Dios de todo error... 2.º El labrador lleva consigo el grano

que arroja á la tierra: el que está destinado á derramar en los corazones la divina simiente, debe empezar por poseerla por medio del estudio y de la piedad... 3.º El labrador esparce la semilla con liberalidad, esperando una abundante cosecha: el predicador debe derramar también con gozo y abundancia la palabra de Dios en las almas, confiando en una abundante cosecha para él y sus oyentes en esta vida, y sobre todo en la eternidad...

No añadais nada á las palabras del Señor, dicen los Proverbios, para que no se os reprenda y halle en la mentira: *Ne addas quidquam verbis illius, et arguaris inveniarisque mendax.* (XXX. 6).

Ya lo he dicho: Desgraciado de mí por haber callado! *El dixi: Vae mihi, quia tacui!* (VI. 5).

Sube sobre la cumbre de la montaña, tú que evangelizas á Sion; levanta la voz con fuerza, dice el Señor por boca del mismo profeta... (XL. 9). Grita, y no te canses; haz resonar tu voz como el sonido de la trompeta; anuncia á mi pueblo sus crímenes, y á la casa de Jacob sus prevaricaciones; *Clama ne cesser; quasi tuba exalta vocem tuam; et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum.* (Isai. LVIII. 1).

El que tenga mi palabra, exprésele fielmente, añade el Señor por medio de Jeremías: *Qui habet sermonem meum, loquatur sermonem meum vere.* (XXIII. 28). Hijo del hombre, dice el profeta Ezequiel, te he puesto como centinela en la casa de Israel; oírás la palabra de mi boca, y les hablarás en mi nombre: *Fili hominis, speculatorem dedi te domui Israel; et audies de ore meo verbum, et annuntabis eis ex me.* (III. 17). Si cuando dijo el impío: Sucumbirás á la muerte, no se lo anuncia, y no le hablas para que se retire de su camino impío y viva, el impío morirá en su iniquidad; pero te pediré cuenta de su sangre: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* (Ibid. III. 18). Pero, si se lo anuncia al impío, y no se retira de su impiedad ni de su senda criminal, morirá en su iniquidad, y tu habrás salvado tu alma: *Tu autem animam tuam liberasti.* (Ibid. III. 19).

Es pues necesario que el que tenga cargos de almas anuncie la palabra de Dios; pero es también necesario que el fiel escuche aquella palabra... Si no me escuchais, decía S. Agustín á su pueblo, no por esto me callaré; y salvaré mi alma; pero no quiero salvarme sin vosotros. Vosotros que no queréis oírme sois enemigos del médico, y yo soy enemigo de vuestra enfermedad; vosotros aborrecéis el celo que pongo en advertiros, y yo aborrezco la peste que os mata (1).

Hay obligación de anunciar la palabra de Dios, de anunciarla á menudo y sin cansarse; de anunciar la verdadera palabra de Dios, y no ideas profanas ó errores, y de predicar con fuerza, prudencia y fuerza, sin temer á nadie más que á Dios.

El pueblo está por su parte obligado: 1.º á escuchar la palabra de Dios y á no cansarse de oírla...; 2.º á poner en práctica lo que el Señor ordena...; y á persuadirse que ha de dar cuenta del abuso que haga de la divina palabra. Hablaremos luego más extensamente sobre este particular.

(1) Si me non audieritis, et tamen ego non teneo, liberabo animam meam: sed nolo salvus esse sine vobis. Tu inimicus es medico, ego morbo; tu diligentia mea, ego pestilentia tua. *Homil. XXVIII. Inter I.*

¿Quién es el que anuncia convenientemente la palabra de Dios? Cuando enseñáis en la Iglesia, dice S. Jerónimo, arrancad gemidos del pueblo y no aplausos; sea vuestro elogio las lágrimas de arrepentimiento de vuestros oyentes: *Docente te in Ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur; lacryma auditorum laudes tuas sint* (Ad Nepotianum).

Estén siempre vuestros discursos sazonados con la sal de la gracia, dice S. Pablo, de tal suerte que sepáis como habéis de responder á cada uno. *Sermo vester semper in gratia sale sil conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere.* (Colos. IV. 6).

Las instrucciones no deben ser demasíado largas para ser más agradables y aprovechadas: expone clara y brevemente lo que el Señor manda para que las almas dóciles lo sepan y lo recuerden...

Aunque haya en un discurso grandes estudios, y un espíritu profundo y elocuente é inteligencia de la situación, si de él está ausente el Espíritu Santo, que da fuerza á las palabras, dice S. Jerónimo, todo es inútil y ocioso (1).

Se lee en las Actas de los Apóstoles que Herodes, cubierto con su manto real, se sentó en su trono, y arengó tan bien á los diputados de los tirios y sidonios, que el pueblo exclamó: Esta es la voz de Dios, y no de un hombre. En aquel momento un ángel del Señor le hirió, porque no había tributado gloria á Dios; y Herodes murió devorado por los gusanos. (XII. 21-23). Los predicadores no deben perder nunca de vista este hecho, que puede servirles de provechosa enseñanza.

El que no oye la palabra de Dios en el fondo de su alma, la hará resonar en vano fuera de sí mismo, dice S. Agustín: *Verbi Dei inanis est forinsecus prædicator, qui non est intus auditor.* (Epist. CXXXII).

La acción es más poderosa que la palabra, dice S. Gregorio Nazianceno: *Opus sermone fortius est.* (Orat. XXVII). Predicar con el ejemplo es la mejor de las predicaciones. Aunque poseyerais en efecto la tierra toda, ¿qué fruto sacaríais si la dejáseis inculta?...

San Vicente de Lerins decía: No prediquéis novedades pero decid las cosas de una manera nueva; es decir, hablad de modo que cautivéis la atención de vuestros oyentes: *Non dicat nova, sed nove.* (In ejus vita.)

El que tenga la sabiduría del corazón será elocuente, dice la Escritura. (Prov. XVI. 24).

Para que un discurso sea elocuente, es menester: 1.º que esté lleno de sabiduría y de prudencia...; 2.º que convenga á las circunstancias y á los oyentes; que todas sus partes se hallen dispuestas con orden; que sea claro, sólido y fácil de comprender...; 3.º que agrade...; y 4.º que salga de un corazón lleno de fe, de dulzura, de bondad y de caridad...

No sin razón compara la Escritura un discurso á un panal de miel; porque 1.º Así como la miel es dulce, las palabras del orador deben estar llenas de dulzura... 2.º La miel es el delicioso resultado del trabajo de las abejas, que son modelo y símbolo de prudencia y de castidad; y el discurso debe partir de un alma prudente y pura... 3.º Las abejas componen su miel con el jugo de

(1) Licet sit ample sermonis supellex, et mens profunda et eloquentia, et intelligentia, si non adsit Spiritus, qui vim suppeditat, otiosa sunt omnia. Ad Nepotianum.

las flores y de odoríferas yerbas; y asimismo conviene que un predicador sabio componga sus discursos con el auxilio de las perfumadas flores de la Sagrada Escritura, y de los santos Padres... 4.º El orador tiene que producir tres efectos: instruir, agradar y conmover; y la miel tiene también tres propiedades análogas: fortifica, dulcifica y cura... Escuchemos á S. Agustín, que ha estudiado tanto y poseía tan bien todos los secretos del arte oratorio. Un hombre elocuente ha dicho, y ha dicho bien, que para ser elocuente era menester instruir, agradar y conmover. Instruir es de necesidad, agradar es suavidad, y conmover es triunfar... (Epist. CXXXII). 5.º Las abejas hacen su miel con arte admirable: el orador debe también disponer su discurso con prudencia, orden y método; lo que dará á sus palabras un encanto poderoso y una dulce eficacia...

Aplicaos, dice S. Ambrosio, á sacar de la palabra de Dios, que es toda fuego, tres efectos, que son: purificar, iluminar y abrasar. Para proporcionar á los oyentes esos tres bienes, es preciso tener la palabra de Dios en la boca, en el corazón y en las obras. La palabra de Dios debe iluminar el espíritu, estimular la voluntad y adornar la memoria. (In Psalm. CXVIII.)

En un discurso, dice S. Agustín, hemos de amar la verdad, y no la gracia de la elocución: *In verbis verum amare, non verba.* (In Psal. VII.)

Un discurso limado y hecho con arte, quita mucho de su fuerza y de su relieve á las verdades que se emiten, dice S. Próspero: los pensamientos no se han hecho para las palabras, sino que las palabras se han hecho para expresar los pensamientos: *Sententiarum vivacitatem sermo ex industria cultus enervat: non res pro verbis, sed pro rebus enuntiantis verba sunt instituta* (In Sentent.)

Un mismo discurso no conviene á todos, porque todos no tienen la misma edad, la misma inteligencia, el mismo carácter, la misma condición, la misma piedad, las mismas costumbres. Hay cosas que dañan á los unos y son útiles á los demás, así como hay yerbas que alimentan á ciertos animales y matan á otros. Un ligero silbido calma al caballo, é irrita al león; el remedio que disminuye una enfermedad, agrava otra; el pan que fortifica al hombre, mata al enfermo ó al niño de pechos. Hemos pues de preparar las enseñanzas y distribuirlas con discernimiento, para dar á cada uno lo que le conviene sin apartarnos no obstante de las reglas generales.

Meditad las recomendaciones admirables que S. Francisco de Asís hace á los predicadores de su orden: Quiero, carísimos hermanos, dice, que los ministros de la palabra de Dios sean de tal manera que, aplicándose á los estudios espirituales, no se inquieten por lo demás, pues que habéis sido elegidos por el gran Rey para anunciar sus oráculos á los pueblos. El predicador pues debe buscar en oraciones secretas los sentimientos que luego ha de manifestar en sus discursos sagrados; es menester que antes de hablar esté abrasado de amor de Dios, porque el ministerio de la palabra es venerable, y debe ser venerado. Los predicadores son los adversarios de los demonios y la luz del mundo. Los que se aplican á sí mismos y son los primeros en practicar lo que enseñan á los demás, merecen ser alabados; pero los que todo lo conceden á la predicación, y nada á la devoción, son malos obreros; y no puede lamentarse bastante la triste suerte de los que por vana alabanza venden al demonio

sus trabajos. El oficio de la predicacion es agradable al Padre de las misericordias, sobre todo si nos entregamos á él únicamente por espíritu de caridad, y empleamos el ejemplo, más bien que las palabras; las oraciones fervientes, más bien que las frases elocuentes y multiplicadas. Deberíamos llorar por el orador que buscase más bien elogios que la salvacion de las almas, como por aquel que destruye con una vida desarreglada la autoridad de sus enseñanzas: un predicador sencillo y de poco talento, pero de mucha virtud, es preferible y alcanza infinitamente más fruto. El predicador sacrificado á la vanagloria es estéril: no se vanagloria de producir fruto; si lo produce, es perdido para él; pero ordinariamente es estéril para los demás, como para sí mismo, porque Dios no le bendice, ni bendice tampoco su ministerio. (*Opusc. collat. XVII.*)

San Buenaventura dice de S. Francisco de Asís: Su palabra era un fuego ardiente que penetraba en el fondo de los corazones y llenaba de admiracion á sus oyentes. En sus instrucciones no se veía la accion del arte humano, sino el soplo de las inspiraciones y revelaciones divinas. Predicaba la verdad con una confianza imperturbable; no sabía respetar los vicios; los atacaba con firmeza, y no adúlaba á los pecadores, sino que los perseguía vivamente para abatirlos y hacerlos santos. (*In ejus vita.*)

La fuerza de los oradores sagrados resuena y quema, dice S. Gregorio: quema con el deseo del bien que comunica, y resuena con la palabra que hace oír. Una predicacion animada se parece pues al bronce candente: *Vis prædicantium et sonat et ardet: ardet desiderio: sonat verbo: es ergo candens est prædicatio accensa.* (Homil. III. in Ezech.)

Los que anuncian el Evangelio de una manera rebuscada, con blandura ó temor; los que tratan de hallar en la predicacion otro fruto distinto de la conversion de los hombres y de sus progresos espirituales, no comprenden lo que es la palabra de Dios, ni la dignidad del ministro de Jesucristo, ni la responsabilidad que sobre ellos pesa. Los apóstoles que verdaderamente merecen tal nombre, llevan á Dios consigo, le ofrecen, y le dan: ¿hay nada comparable á tan sublimes funciones?

San Bernardo enseña que los predicadores deben retirarse á la montaña con Jesucristo, es decir, dirigirse al Cielo con los deseos del alma y una vida santa, y tratar de alcanzar las más altas virtudes. (*Serm. in Psalm.*)

Los predicadores de la palabra de Dios deben: 1.º ser enviados de Dios, y servirle de instrumentos...; 2.º estar unidos á Dios con la oracion y con una obediencia perfecta...; 3.º ser activos y celosos...; 4.º estar llenos de fuerza y de uncion...; 5.º estar exentos de vicios y llenos de virtudes, para llegar á ser, como S. Juan Bautista, lámparas ardientes y brillantes...; 6.º deben lanzar sus flechas directamente al fin, es decir, herir el corazón, penetrarlo de temor y de amor de Dios, y no pararse en halagar simplemente los oídos....

Haced, ó divino Jesús, que seamos flechas abrasadoras, dardos poderosos y penetrantes para los pecadores, á fin de que éstos puedan decir con la esposa de los Cantares: *Habeis herido mi corazón, languidezco de amor por Dios: Vulnerasti cor meum, amore languo.* (IV. 9; II. 5).

Una lengua sabia y elocuente es un don inestimable; hemos de orar todos los dias para que el Señor nos la conserve, y decir con el salmista: Soberano maestro, abridéis mis labios, y mi boca anunciará vuestras alabanzas: *Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam.* (L. 47).

Dios, dice S. Gregorio, abre los labios de aquel que reflexiona no sólo en lo que ha de decir, sino tambien cuándo, dónde y á qué personas ha de decirlo. Sean pues todos vuestros discursos pesados en la balanza de la justicia, para que estén llenos de gravedad en el sentido, en las palabras y en la forma del orador. No hablemos más que cuando sea útil: examinemos si debemos pasar ó no en silencio tal ó cual asunto; si el momento es favorable para ocuparnos de ello, y si no nos extralimitamos bajo ningun concepto de las reglas de la prudencia, de la sabiduría, de la modestia y de la caridad. (*In Psalm. L.*)

Un médico hábil y compasivo que desea curar una cruel herida no se compadece con el único fin de compadecerse, ni tiene lástima del paciente con el único fin de tener lástima: lo mismo debe obrar el predicador. (*In Psalm. XVII.*)

San Bernardo enumera siete virtudes que debe poseer todo el que desea ser digno de anunciar la palabra de Dios: 1.º la contricion...; 2.º la devocion...; 3.º la penitencia...; 4.º el ejercicio de las obras piadosas...; 5.º el amor de la oracion...; 6.º el hábito de la contemplacion...; 7.º la plenitud del amor de Dios...

Enseñar y no obrar, es no sólo no ganar nada, sino dañar al mayor número. Una condenacion terrible está reservada al que compone tales discursos, y descuida corroborarlos con sus obras.

El apóstol debe procurar manifestar la excelencia de los principios que quiere inculcar á los demás. No tendrá familia espiritual si mata con sus ejemplos á aquellos á quienes sus palabras hayan dado la vida: hará morir con la negligencia de su conducta á aquel que la vigilancia de su lengua haya engendrado (1).

El mismo Aristóteles declara que los que cuidan poco de conformar sus actos con sus palabras, destruyen la verdad. (*Anton. in Meliss.*)

Nadie, á mi parecer, dice Séneca, daña más á los hombres, ni es más digno de castigo, que el que vive diferentemente de lo que recomienda: *Nullus pejus mereri de omnibus mortalibus judico, quam qui aliter vivunt quam vendunt esse præcipiunt.* (In Proverb.)

Los ejemplos de los que así obran, destruyen el efecto que han podido producir sus enseñanzas: apóstoles de la humildad se dejan guiar por el orgullo, y, no dejando de presentar la obediencia, la resignacion, la pureza, la caridad, etc., como virtudes útiles, necesarias, admirables y fáciles, inculcan aún con más fuerza lo contrario por medio de sus escándalos, y condenan ya sus obras con sus palabras, ya sus palabras con sus obras. Así, del conjunto de su vida sale una sentencia de reprobacion; y en el dia del juicio serán condenados tantas veces por su propia boca, cuantas hayan exhortado á su prójimo y la práctica de una virtud que ellos han desconocido...

Y ahora, dice el profeta Aggeo, ved lo que dice el Señor de los ejércitos;

(1) Docere et non facere, non solum nihil lucrí, sed etiam damni plurimum affert. Grandis enim condemnatio est componenti quidem sermonem suum, sed opere negligentí. Doctor ipse prior debet bonum ostendere, quod alios contentit edocere. Doctoris progenies eradicatur, quando is qui per verbum nascitur, per exemplum necatur; quia, quam lingua vigilans gignit, vitæ negligentia occidit. (*Lib. X. Moral.*)

Aplicad vuestros corazones á vuestras sendas; habeis sembrado mucho, y recogido poco... Aquel de vosotros que ha reunido un tesoro, lo ha colocado en una bolsa rota. (I. 5-6).

La cruz es un predicador excelente.

La palabra de la cruz, dice el gran apóstol, es locura para los que perecen; pero para los que se salvan, para nosotros, es la virtud de Dios: *Verbum crucis pereuntibus stultitia est; his autem, qui salvi fiunt, id est nobis, Dei virtus est.* (I. Cor. 1-18). Nosotros predicamos á Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles; mas para los que han sido llamados; tanto judíos como griegos, predicamos á Cristo, virtud y sabiduría de Dios, pues lo que parece locura en Dios, es más sabio que los hombres, y lo que parece debilidad de Dios, es más fuerte que ellos. (I. Cor. 1. 23-25).

¿Qué nos dice, y qué nos predica la cruz! El amor infinito de Dios..., la caída del hombre..., sus crímenes, sus miserias..., sus castigos..., su resurrección..., el precio y la necesidad de la penitencia, de los sufrimientos, de la resignación, del desprendimiento de la pobreza; de la nada del mundo y de la vida..., la fealdad del pecado..., la hermosura de la virtud..., el valor del alma, y la necesidad de la salvación...

Necesidad de escuchar la palabra de Dios y de practicarla.

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la practican, dice Jesucristo: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* (Luc. XI. 28).

Los que escuchan la ley no son justos ante el Señor, dice S. Pablo á los romanos; pues tan sólo serán justificados los que cumplan la ley: *Non enim auditores legis justi sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur.* (II. 13).

No todos los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; pues sólo entrará en dicho reino el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, dice Jesucristo: *Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine; intrabit in regnum celorum, sed qui fecit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse intrabit in regnum celorum.* (Math. VII. 21). Y ¿quién hace la voluntad de Dios, sino el hombre que se conforma con sus enseñanzas!...

Guardaos de rechazar al que os hable del Cielo. (Hebr. XII. 25). Practicad la palabra, dice el apóstol Santiago, y no os limiteis á escucharla, engañándoos á vosotros mismos: *Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos* (I. 22).

Recoged el fruto, y evitad la espina, dice S. Agustín; oyendo al que os dice cosas buenas, no imiteis al que obra mal; *Botrum carpe, spinam cave; cum audis bona dicentem, ne imiteris mala facientem.* (Tract. XLVI. in Joann.)

¿Se desprecia acaso el oro porque esté envuelto en tierra? dice S. Crisóstomo. No, sino que se elige el oro y se deja la tierra. Así vosotros mismos recibid la doctrina, y dejad las malas costumbres. Las abejas chupan las flores y no hacen caso de sus tallos: coged vosotros también las flores de la sana doctrina, y no os enfadeis de todo lo demás. (Moral.)

El que dice: Conozco á Jesucristo; y no guarda su palabra, es un mentiroso, y la verdad no está en él, dice el apóstol S. Juan; *Qui dicit se nosse eum, et mandata ejus non custodit, mendax est, et veritas in eo non est.* (I. II. 4).

Sin el conocimiento de su Criador el hombre es un irracional, dice san

Jerónimo: *Absque notitia Creatoris sui homo pecus.* (Comment. in Joann.)

Si oís hoy la voz de Dios, ablandad vuestros corazones, dice el Salmista: *Hodie, si vocem ejus audiveritis, nolite obdurare corda vestra.* (XCIV. 8). Meditaré vuestra palabra, Señor, y no la olvidaré jamás, dice el mismo profeta: *In justificationibus tuis meditabor, non obliviscar sermones tuos.* (CXVIII. 16). Cuidad de vuestros pasos al entrar en la casa de Dios, y acercois á escuchar su palabra: *Custodi pedem tuum ingrediens domum Dei, et appropinqua ut audias.* (IV. 17).

Guardad en vuestro espíritu la palabra de Dios que recibís de la boca del predicador, dice S. Gregorio, porque la palabra de Dios es el alimento del alma. Sin embargo, así como el estómago enfermo rechaza el alimento que ha tomado, la memoria no conserva algunas veces las enseñanzas apostólicas. Pero es preciso desesperar ciertamente de la vida de cualquiera que no pueda digerir los alimentos (1).

Debemos amar la palabra de Dios. Descad mis palabras, dice el Señor; amadas, y tendréis la sabiduría: *Concupiscite sermones meos, diligite illos, et habebitis disciplinam* (Sap. VI. 12).

Dios, dice S. Agustín, no manda nada imposible; sino que, al mandar, os advierte hagáis lo que os sea posible y pidáis la fuerza de cumplir lo que no podáis, y que os ayude á obrar. *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo monet, et facere quod possis, et petere quod non possis, et adjuvat ut possis.* (In Epist. ad Rom.)

Facilidad de practicar la palabra de Dios.

Mi yugo es suave, y ligera mi carga, dice Jesucristo: *Jugum meum suave est, et onus meum leve* (Math. XI. 30).

Además de ser suave la palabra de Dios, la gracia acompaña siempre al que la recibe; y sabido es que con la gracia de Dios todo es posible...

La fe viene del oído, y el oído por la palabra de Dios, dice el Apóstol á los romanos: *Fides ex auditu, auditus per verbum Dei.* (X. 17). Pero digo yo: ¿No han oído ellos? Su voz ciertamente ha resonado por toda la tierra, y hasta los extremos del mundo: *Sed dico: Numquid non audiverunt? Et quidem in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.* (Ibid. X. 18).

La palabra de Dios llega á oído de todos.

Id pues, dijo Jesucristo, y enseñad á todas las naciones: *Euntes ergo docete omnes gentes.* (Math. XLIII. 19). Recibireis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá en vosotros, dijo á sus apóstoles, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en la Samaria y hasta los últimos confines de la tierra: *Accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos; et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judea, et Samaria, et usque ad ultimum terræ.* (Act. I. 8).

Vuestra fe está anunciada en todo el universo, decía ya S. Pablo á los Romanos: *Fides vestrá annuntiatur in universo mundo.* (I. 8).

Desde los apóstoles hasta nuestros días el Evangelio ha sido anunciado por todo el mundo. Las persecuciones lo prueban...

(1) Verbis Domini, que ore percipitis, mente retinetis; cibus enim mentis est sermo Dei; et quasi acceptus cibus, stomacho languente, rejicitur quando auditus sermo in ventre memorie non tenetur. Sed quisquis, alimenta non retinet, lujus protecto vita desperatur. (Homil. XIII. in Evang.)

Dios ha muerto por la salvacion de todos, dice el gran apóstol: *Pro omnibus mortuus est Christus*. (II. Cor. V. 14). Dios quiere, dice en otra parte, que todos los hombres se salven y lleguen á conocer la verdad: *Vult omnes homines salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire*. (I. Tim. II. 4).

Aquel Jesús á quien habeis crucificado, dijo S. Pedro á los judíos, es la piedra que, rechazada por vosotros, arquitectos, ha venido á ser el vértice del ángulo. No hay salvacion en nadie más, ni debajo del Cielo se ha dado á los hombres otro nombre por medio del cual debamos salvarnos: *Et non est in alio aliquo salus; nec enim aliud nomen est sub Cælo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri*. (Act. IV. 11-12).

Puesto que Jesucristo murió por todos los hombres, quiere salvarnos á todos, y no hay salvacion en ningun otro nombre: Jesucristo les da pues á todos los medios suficientes para conocerle, amarle y servirle. Pero los demonios, las pasiones, las preocupaciones, el ejemplo y las palabras de los incrédulos y de los impíos son obstáculos para la salvacion.

¿Cómo no ha de llegar á oídos de todos los hombres la palabra de Dios? Todo en el universo nos habla de él...

Los que no escuchan la palabra de Dios y dejan de practicarla son ciegos culpables y desgraciados.

La palabra de Dios, que reprende y hace mejores á los buenos, es insultable para los orgullosos, dice S. Cirilo: *Redargutio, que mansuetos transfert in melius superbis intolerabilis esse solet*. (Homil.)

¿Cuán miserable es la conciencia que despues de haber oido la palabra de Dios se cree ultrajada, exclama el venerable Beda: *Quam misera conscientia que, auditio Dei verbo, contumeliam sibi fieri putat!* (In Evang.)

Los judíos tampoco, dice S. Pablo, no podían, ó más bien no querían sufrir aquella divina palabra: *Non enim portabant quod dicebatur*. (Hebr. XII. 20).

En nuestros días podríamos contar muchos oradores sagrados que predicán en el desierto, ya porque nadie acude á oírlos, ya porque nadie se aprovecha de sus enseñanzas: *Vox clamantis in deserto*. (Isai. XL. 3).

¡Oh! ¡qué dignos de lástima son, qué ciegos y desgraciados los cristianos que no sacan ningun fruto de la predicacion! El que me desprecia y no recibe mi palabra, dice Jesucristo, tiene un Juez. La misma palabra que yo he pronunciado, le juzgará en el último día: *Quis spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum: sermo, quem locutus sum, ille iudicabit eum in novissimo die*. Joann. XII. 48).

El santo anciano Simeon dijo de Jesucristo: Esto ha venido para la ruina y la resurreccion de muchos: *Positus est hic in ruina et in resurrectionem multorum*. (Luc. II. 34). Lo mismo sucede con su divina palabra: es la salvacion de los que la escuchan y la practican; pero es la ruina de los indiferentes, de los incrédulos, de los impíos que la oyen y la desprecian. Es como la luz del sol que alegra y fortifica los ojos sanos, en tanto que hiera la vista débil y enferma. Es tambien como el fuego que purifica el oro y consume la paja...

Mi palabra no volverá á mí sin fruto, dice el Señor por medio de Isaías, pues cumplirá mis desiguos: *Verbum meum non revertetur ad me vacuum, sed faciet quæcumque volui*. (LV. 14). Da nacimiento á frutos de bendicion

en el alma de los que están bien dispuestos, y frutos de maldicion en el corazón de los que abusan de ella...

El que no me ama, dice Jesucristo, no guarda mis palabras: *Qui non diligit me, sermones meos non servat*. (Joann. XIV. 24).

El que es de Dios, escucha la palabra de Dios, añade Jesucristo. Vosotros no oís, porque no sois de Dios: *Qui ex Deo est, verba Dei audit: propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*. (Joan. VIII. 47).

Pregúntese cada uno si recibe en su corazón la palabra de Dios, y comprenderá de quién es, dice S. Gregorio. Jesucristo declara que la señal de la predestinacion divina es oír la palabra de Dios, y obedecer sus santas inspiraciones; pero rechazarla es la señal de reprobacion. (Homil. XVIII. in Joann.)

Soy el buen pastor, dice Jesucristo, y conozco á mis ovejas, y ellas me conocen: *Ego sum pastor bonus: et cognosco meas, et cognoscent me meæ*. (Joann. X. 14). No creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz; las conozco, y me siguen, y les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrancará de mi mano (1).

Nosotros somos de Dios, dice el apóstol S. Juan. El que conoce á Dios, nos escucha; el que no es de Dios, no nos escucha: á esta señal conocemos el espíritu de verdad, y el espíritu del error: *Nos ex Deo sumus. Qui novit Deum, audit nos; qui non est ex Deo, non audit nos; in hoc cognoscimus spiritum veritatis, et spiritum erroris*. (I. IV. 6).

Yo he nacido y he venido al mundo para rendir tributo á la verdad, dijo Jesucristo á Pilatos: todo el que pertenece á la verdad, oye mi voz. *Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam*. (Joann. XVIII. 37). Pilatos el dijo: ¿Qué es la verdad? Y despues de estas palabras salió...: *Dixit ei Pilatus: Quid est veritas? Et quum hoc dixisset, exivit...* (Id. XVIII. 38). Observad la ignorancia de Pilatos y su indiferencia; no sabe lo que es verdad; lo pregunta, y se va sin aguardar la respuesta de Jesucristo. ¡Oh! cuántos imitadores tiene Pilatos que se esconden de la luz, de la uncion y del poder de la palabra de verdad!...

Los hijos de Israel, exclama el Señor por medio de Isaías, los hijos de Israel dicen á los profetas: No veais; y los que están atentos á mis palabras: No escuchéis estas palabras severas: habladnos un lenguaje que nos agrade: decidnos cosas que hisonjeen nuestras pasiones y nuestros caprichos: *Loquimini nobis placenta*. (XXX. 40). Tal es todavia el lenguaje de los avaros, de los ambiciosos, orgullosos, voluptuosos, partidarios del mundo y de la vanidad... Hallan la moral evangélica demasiado severa, demasiado pesada: lo que significa que son la misma debilidad y la misma cobardia...

Así es que las causas que nos impiden oír la palabra de Dios ó practicarla, son: 1.º la carencia del amor de Dios; 2.º el no pertenecer al rebaño de Jesucristo, sino al partido del demonio; 3.º la falta de conocimiento de Dios; 4.º la

Motivos por que no escuchamos la palabra de Dios y no nos aprovechamos de ella.

(1) Vos non creditis, quia non estis ex ovibus meis. Oves meæ vocem meam audiunt; et ego cognosco eas, et sequuntur me; et ego vitam æternam do eis; et non rapiunt in æternum, et non rapiet ea, quisquam de manu meâ. (Joann. X. 26-28).

ausencia de la fe; 5.º la aversión ó la indiferencia por la verdad; 6.º la corrupción del corazón, las pasiones y los malos hábitos...

Castigos reservados á los que no oyen la palabra de Dios y dejan de ponerla en práctica.

Los que resisten á la voz de Dios, dice Job, será entregados al cuchillo, y morirán en su ceguera: *Si non audierint, transibunt per gladium, et consumentur in stultitia*: (XXXVI. 12).

Si alguno oye mi palabra y no la guarda, no le juzgo yo, dice Jesucristo; porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. El que me desprecia y no recibe mi palabra, tiene un juez. La misma palabra que ha pronunciado, le juzgará el último día (1).

Mi pueblo no ha oído mi voz, dice el Señor por boca del Salmista; Israel no me ha querido, y yo los he entregado á los deseos de sus corazones, y se hundirán en sus invenciones erróneas (2).

Si mi pueblo me hubiese escuchado; si Israel hubiese andado por mis caminos, yo habría humillado y anonadado á sus enemigos; mi brazo se hubiera dejado caer sobre los que le han pisoteado. Los enemigos del Señor se hubieran visto obligados á tributarle homenaje, y su dicha hubiera tenido la duración de los siglos: yo le habría alimentado con el trigo más puro, y para él hubiera hecho brotar miel de la peña. *Psalm. LXXX. (12-15)*. Pero porque ha despreciado mi palabra, sus enemigos triunfarán; le heriré, y será desgraciado, y sufrirá hambre, y en vez de miel tendrá hiel...

Me vengaré, dice el Señor en el Deuteronomio, me vengaré del que no quiera escuchar las palabras del enviado que hable en nombre mio: *Qui verba ejus, que loquetur in nomine meo, audire noluerit, ego ultor existam*. (XVIII. 19).

Si no óis la voz del Señor, dijo Samuel al pueblo de Israel; y si irritais su palabra, la mano del Señor estará sobre vosotros como estuvo sobre vuestros padres: *Si non audieritis vocem Domini, sed exasperaveritis sermones ejus, erit manus Domini super vos, et super patres vestros*. (I. Reg. XII. 15). El mismo Samuel dijo á Saul: Por haber rechazado la palabra del Señor, el Señor os ha rechazado á su vez: *Quia projecisti sermonem Domini, projecit te Dominus*. (I. Reg. XV. 26).

Por no haber querido oír la voz del Señor, ved que un león os matará, dijo un hijo de profeta al rey Achab: *Quia noluisti audire vocem Domini ecce percussit te leo*. (III. Reg. 20-36). La misma amenaza dirige el Señor á todo el que cierre el oído á su palabra santa. El león es el demonio que da vueltas al rededor de los hombres, dispuesto á devorarlos.

Disposiciones necesarias y medios que deben emplearse para aprovecharse de la palabra de Dios.

Es necesario; 1.º estimar mucho la palabra de Dios...; 2.º respetarla...; 3.º prepararse á oírla...; 4.º escucharla con atención...; 5.º debemos recibirla, y no considerarla más que como palabra de Dios, tomada en sí misma, cual-

(1) Si quis audierit verba mea, et non custodierit, ego non judico eum; non enim veni ut judicem mundum, sed ut salvificem mundum. Qui spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum: sermo quem locutus sum, ille judicabit eum in novissimo die. (*Joann. XII. 47-48*).

(2) Non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi: et dimissi eos secundum desideria cordis eorum; ibunt in adinventionibus suis. (*LXXX. 12-13*).

quiera que sea la boca que la anuncie, y de cualquier manera que llene su cargo, ya con elocuencia, ya con sencillez...; 6.º es necesario meditar...; 7.º fijar la memoria, la inteligencia, y principalmente la voluntad...; 8.º constituiría en regla de nuestra conducta...; 9.º no olvidarla...; y 10.º dar gracias á Dios por el beneficio que nos ha concedido permitiéndonos oír sus enseñanzas.

PARAÍSO TERRENAL.

El Señor, dice el Génesis, había plantado desde el principio un jardín de delicias, y en él había colocado al hombre que había formado. (II. 8). Y el Señor hizo salir de la tierra una multitud de árboles hermosos á la vista, cuyos frutos eran sabrosos al paladar. En medio del jardín estaban el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. (Ibid. II. 9). En aquel lugar de delicias corría un río que regaba el jardín, y se dividía en cuatro canales. (Ibid. II. 10).

San Agustín y S. Ambrosio dicen que alegóricamente el Paraíso terrenal es la Iglesia; que los cuatro ríos son los cuatro Evangelios; los árboles frutales son los Santos; los frutos las obras de los Santos; el árbol de vida Jesucristo, Santo de los Santos; y el árbol de la ciencia del bien y del mal, el libre albedrío. (In Genes.)

En medio del jardín estaba el árbol de vida. (In Genes. II. 9). Es de fe que aquel era un árbol verdadero. Se llama árbol de vida, porque vivificaba, alejaba las enfermedades y la muerte, conservaba las fuerzas y daba la inmortalidad... Adán no probó el fruto de aquel árbol admirable...

En el sentido alegórico, el árbol de vida es Jesucristo, su cruz la Eucaristía...

En el sentido tropológico, el árbol de vida es la bienaventurada Virgen María, de la que nació la Vida... Es también el justo que hace obras santas, principio de la vida de la gracia y de la gloria según las palabras de los Proverbios: *Fructus justi lignum vite*. El fruto del justo es el árbol de la vida. (XI. 30).

Jamás se ha sabido positivamente dónde estaba colocado el Paraíso terrenal. Es probable que haya sido destruido, ó que haya cambiado tanto, que jamás nadie haya podido reconocerlo. Si existe todavía tal como era el día siguiente de la creación, el Señor no ha permitido que el hombre lo encontrase.

San Justino, Tertuliano, S. Epifanio, S. Agustín, S. Juan Damasceno, Sto. Tomás y otros doctores y padres de la Iglesia, dicen que Henoch y Elias habitan en el Paraíso terrenal.

PASION DE JESUCRISTO.

DEBEIS á Jesucristo vuestra vida toda, dice S. Bernardo, porque ha dado su vida por la vuestra, y ha sufrido los más crueles tormentos para preservaros de los tormentos eternos. Así pues, aun cuando le hubiese dado todo lo que soy y todo lo que puedo, comparado con lo que ha hecho por mí, no sería lo que una estrella es para el sol, una gota de agua para un río, una piedra para una montaña. Si me debo todo á él, porque me ha creado, ¿qué le daré por haberme rescatado, y haberme rescatado del modo que lo ha hecho? Porque no he sido reparado tan facilmente como he sido creado: él que me creó en un instante y en una sola palabra, ha pronunciado para repararme muchas palabras, ha obrado incomparables maravillas, y sufrido penosos tratamientos; y no sólo penosos sino indignos. En la primera obra me entregó á mí mismo; en la segunda se me entregó él, y entregándoseme, me ha devuelto á mí mismo. Colocado y vuelto á colocar en posesion de mí mismo, me debo en cambio y me debo dos veces. Pero ¿qué devolveré al Señor por el dón que me hizo de mí mismo? Aun cuando pudiera darne mil veces, ¿qué soy yo al lado de Dios (1)?

Jesucristo, dice el Apóstol de las gentes, Jesucristo, que se sometió á la maldición por nosotros, nos ha rescatado de la maldición de la ley, como estaba escrito: Maldito el que está colgado del leno: *Christus nos redemit de maledictio legis, factus pro nobis maledictum; quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno*. (Gal. III. 13).

Los ultrajes de Jesucristo son nuestra gloria, dice S. Jerónimo. Murió para darnos la vida, bajó del cielo para hacernos subir. Se hizo locura para hacernos cuerdos, y fué suspendido en el árbol de la cruz para borrar así el pecado que habíamos cometido con el árbol de la ciencia del bien y del mal (2).

Comprendamos, si es posible, cuánta es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Jesucristo y de los dolores que sufrió por nosotros.

¿Cuál es la amplitud de la pasión? Jesucristo sufrió en todos sus miembros, en todas las potencias de su alma, de parte de toda clase de hombres, y

(1) *Christo Jesu debes omnem vitam tuam, quia ipse vitam suam posuit pro tua, et cruciatus amarus sustinuit, ne tu perpetuos sustineres. Cum ergo ei donaveris quiddam sum, quiddam possum, á nonne istud est sicut est stella ad solem, gutta ad Juvium, lapis ad montem? Si totum me debeo pro me facio, quid addam jam pro reflecto, et reflecto hoc modo? Nec enim tam facile reflectus quam factus; nam qui semel et tantum dicendo fecit, in reticendo profecto, et dixit multa, et gessit mira, et perdidit dura; nec tantum dura, sed et indigna. In primo opere, me mihi dedit; in secundo, se; et ubi se dedit, me mihi reddidit. Datus ergo et redditus, me pro me debeo, et his debeo. Quid Deo retribuam pro se? Nam, eliamsi millies me rependere possem, quid sum ego ad Deum? (Serm. de Quadrupl. Debitor.)*

(2) *Domini injuria nostra est gloria. Ille mortuus est, ut nos viveremus; ille descendit, ut nos ascenderemus in Cælum. Ille factus est stultitia, ut nos sapientia fieremus. Ille pendens in ligno, ut peccatum, quod commisieramus in ligno scientiæ, ligno deleret appensus. (In Marcum.)*

Todo lo debemos á Jesucristo.